

bres. Sus cabezas casi se tocaban á través de los barrotes; pero ni aun aquel día se le ocurrió la idea de pasar aquella puerta y buscar cerca de ella, con ella.

¿Dormía mientras tanto la pobre madre? Callaba, hundida en su sillón, tan palpitante y emocionada como su hija. ¿Qué hacer? Desde hacia algunos días su enfermedad se había agravado y casi no podía levantarse. Darse por enterada con su hija, era decirle que se había delatado, hubiese sido, digámoslo así, echar leña al fuego, que manteniéndolo secreto y ahogándolo, quizá se extinguiera por sí mismo. La prudente madre no perdía la esperanza de que así sucediese y callaba todos sus pensamientos.

Volvió por tercera vez, y tampoco encontró carta; insistió de nuevo, él, tan correcto siempre, como persona á quien la inquietud trastorna y no quiere disimular.

En medio de la habitación estaba ella de pie, más pálida que él, respondiendo por monosílabos, sin saber qué decir, cuando de pronto, sin poder sostener una lucha tan desigual, sintió que desfallecía, hizo un ademán como para sostenerse á la verja y cayó desvanecida.

La pobre madre, que desde el primer momento comprendió lo que ocurría, se levantó precipitadamente del asiento en que el dolor la tenía clavada y tratando de levantar á la joven, exclamó completamente trastornada: « ¡Mi hija, mi pobre hija! ¿Qué habéis hecho, caballero, es posible que no hayáis adivinado? El se adelantó presuroso, atravesó la verja, entró en la habitación por la primera vez, pero era demasiado tarde.

¡Cuántas veces, entre dos corazones que podrían comprenderse y unirse, se levanta, por todo obstáculo, no una muralla, ni una pared, ni una verja de

hierro, sino, como ahora sucedía, una sencilla verja de madera, ni siquiera cerrada, y sin embargo, nada se adivina y se muere y se deja morir!

Christel tardó en recuperar los sentidos; al abrir los ojos vió á Hervé cerca de ella esperando su vuelta á la vida, y respondió á esta primer mirada con una sonrisa indescriptible. Todos los días volvió á verlas, pero ni pedía cartas, ni vinieron más, al menos de aquella mano.

Una extraña, conmovedora y tácita inteligencia se estableció entre aquellos tres seres. Ni pidieron ni dieron ninguna explicación. La madre no habló particularmente con la hija. Hervé, atento y discreto, fué varias veces á visitarlas, y, por último, todas las tardes pasaba largas horas á su lado. Supo apreciar, desde el primer momento, la distinción y nobleza de aquellos dos seres. La debilidad de Christel continuaba; la palidez marmórea de sus

mejillas no desaparecía, pero ya se la veía sonreír, y sus ojos, de un azul más celeste, demostraban el agradecimiento de la felicidad que disfrutaba. Su enfermedad la obligaba á la quietud; no ocupaban la habitación de la calle; una persona que Hervé había indicado, antigua ama de gobierno entendida y fiel, estaba todo el día por módico salario en la administración, y sin dejar de hacer calceta, atendía á todos los que llegaban; vivían retiradas en una habitación próxima á la de Mad. M... La ventana daba á un jardinito, cuyo muro, muy bajo y distante, dejaba ver á lo lejos los prados y las colinas despojadas entonces de verdura: era pleno invierno. Aquella habitación tan sencilla, de virginal elegancia, adornada con el retrato del padre y el arpa, por desgracia muda, de Christel, habría sido agradable y risueña en el verano, contemplando la naturaleza selvática al lado de aquellas mujeres queridas.

Así pensaba Hervé por la primera vez cuando empezaban á caer las primeras nieves. Sin embargo, la cruda estación no careció de encantos para ellos.

Sin interrogarse, se contaban insensiblemente su vida pasada, la que se asemejaba en mil puntos diferentes. ¡Cuántas veces coincidían en sus encantadores recuerdos! Hervé y Christel no tenían necesidad de confrontar largo tiempo sus almas ni explicarse sus gustos y tendencias, pero es muy agradable verse reflejado uno en otro, hacer poco á poco descubrimientos en la vida del ser amado, como en un país conocido, gozar día por día de lo nuevo que pueda ofrecer, aunque casi todo está previsto y parecen reminiscencias de la vida pasada, sueños de oro de la niñez. A poco de conocerse creían que se habían amado siempre. La familia de Hervé tenía parientes en Alemania; él mismo sabía hablar á la perfección aquel idioma. ¡Qué alegría para Chris-

tel, qué emoción para su madre, que se creía transportada á una de las selvas de sus antepasados. La pequeña biblioteca de Christel contenía algunos libros escogidos, traídos por su madre de Alemania; Hervé solía leer alguna oda de Klopstok, algún poema de Matthisson, literatura alemana, algo anticuada, pero siempre ingenua y elevada. Un libro que él la llevó, entonces muy en boga, *Las Meditaciones poéticas*, la agradó en extremo. Más de una vez al leer Hervé aquellas elegías tan conmovedoras, tuvo que pararse bajo una impresión demasiado fuerte, causada por la repentina idea de que pudiera ser presagio doloroso. El arpa silenciosa, en un ángulo de la habitación, atraía también sus miradas, habría deseado que Christel la tocase, pero la debilidad de la joven no lo permitía sin un extremado cansancio. Esperaban que llegase la primavera, y entonces podría hacerlo con más alegría después de

tanto silencio. Así pasaron días felices, sin apresurar nada, sin preocuparse demasiado del porvenir.

Seguramente que Hervé amaba á Christel: pero ¿la amaba con verdadero amor, es decir, con ese amor involuntario, inmotivado, que no lo inspira ni el agradecimiento, ni la compasión, ni el conocimiento profundo, razonado, sentido, de todos los méritos y de todas las gracias? Porque el amor en sí no es nada de esto.

No me atrevo á asegurar tanto respecto de Hervé, pero la amaba con ternura; la quería más que á una hermana, y desde el primer momento de intimidad concibió delicados y leales proyectos. Al conocer el origen de Madame M..., comprendió que su familia no pondría obstáculos insuperables á sus deseos. Muchas veces intentó hablar de sus proyectos, pero la timidez, ese pudor de toda afección sincera, hizo que sus palabras fuesen más confusas de lo

que él deseaba. Una tarde que se habló más extensamente de curación y esperanza, formando proyectos para la primavera próxima, conviniendo en dirigir los paseos á caballo hacia un bosque de hayas seculares de la propiedad de Hervé, que, según decía, había albergado las hadas de su infancia y del que se complacía en ponderar la belleza, creyó el momento oportuno, y después de algunas palabras acerca de su madre, á la que había hablado, según decía, de aquella visita deseada. «Ya es tiempo—añadió—de que conozca á la que va á recibir en su casa.» Christel se estremeció y le detuvo, haciendo un gesto significativo acompañado de una mirada al cielo, tan resignada, tan agradecida, tan sin esperanza y demostrando un sentimiento tan profundo al comprender la imposibilidad de realizar aquellos proyectos con una enferma como ella, que la afligida madre no pudo menos de cambiar con Hervé una

mirada profunda, arrasados sus ojos de lágrimas. La primavera se aproximaba; Abril, con sus mañanas alegres, con sus rayos de sol, besando sus tiernos vástagos, con sus parleros pájaros picoteando en los cristales, aparecía tan juguetero como el día en que Christel, hacía un año justamente, reparó por primera vez en las fatales cartas. El horizonte campestre que se descubría desde la salita empezaba á verdear y presagiaba poco á poco la fresca sombra, las flores. Christel ya no salía de esta habitación; en un rincón se había colocado su modesta cama, que sin cortinas y cubierta con un chal, apenas se veía. Todavía se levantaba y pasaba la tarde y parte de la noche sentada en un sillón. A pesar que la debilidad, aumentada desde hacía algunos días, parecía que estaba mejor; había más animación en el semblante y en la mirada, más color en las mejillas, y todo presagiaba que la primavera influiría

provechosamente. Hervé cobraba esperanzas, y así lo manifestaba; hacía dos horas que, acariciados por el sol poniente, hablaban del porvenir. Christel se prestó gustosa á la ilusión, y aprovechó la ocasión para darle sanos consejos, describiéndole una vida de dicha y virtud en la que él la creía presente, pero en la que ella sabía que no podría influir sino desde el cielo bendiciéndole: «Viviréis la mayor parte del tiempo en vuestras posesiones—le decía.—París y la sociedad no os atraen demasiado; hay que ocuparse del porvenir, fundándolo en bases sólidas de virtud. Debéis de precaveros contra los odios de allá y hacerlos amar aquí.» Al hablar de la familia y los hijos embellecía los deberes que se contraen diciéndole: «Tendrán las mismas hadas de vuestra infancia bajo los mismos bosques que os han prestado su sombra.» Hervé no trataba de comprender; estaba poseído de una santa alegría. La

luz misteriosa de la caída de la tarde y aquellas francas palabras, le dieron valor y expresó con claridad su deseo de próxima unión; aquella vez, sea que ella estuviese muy débil después de tanto esfuerzo, ó demasiado enternecida, dejó que se explicase hasta el fin sin interrumpirle. Al contrario, vió en la sombra una mano que buscaba la suya, la entregó y sintió que después de estrecharla fuertemente, separó Christel su mano dejando entre las de él la de su madre. Siguió un largo silencio producido por la emoción; el día había desaparecido por completo; no se oyó más que un suspiro. A poco, entró repentinamente la criada, sin que la hubiesen llamado, trayendo luz. La brusca claridad iluminó la blanca frente de Christel, caída hacia atrás, y sus tranquilos ojos para siempre dormidos.

¡Oh muerte! ¡Revistes tantas formas variadas, que aun el que te ha contemplado alguna vez puede encontrarte

bajo nuevo aspecto! Te han visto cuando te afianzas á la juventud y á la hermosura, encarnizarte con violencia, descargando golpe sobre golpe para derribarlos, como hace con su hacha el leñador furioso, y sosteniendo largos asaltos con agonías terribles. Otras veces atacas lentamente minando poco á poco el exterior y el fondo, y operas la obra de destrucción grado por grado en las naturalezas más florecientes, devastándolas con un arte cruel antes de descargar el último golpe en el corazón; una vejez centenaria se imprime en rostros de veinte años. Otras veces también, cuando te sirves de tus más dulces flechas, no haces más que debilitar, disminuir insensiblemente la respiración, conservando las facciones su armonía, la frente su puro contorno, y cuando imprimes en ella tu beso helado parece que es su última corona. ¡Oh muerte, cuántas formas variadas revistes, casi tantas como el amor!

Al día siguiente Hervé condujo á la infeliz madre al castillo de su familia, donde se vió rodeada de atenciones delicadas y de un cariño filial por parte de él. No fué por mucho tiempo, porque antes de terminar el próximo otoño, á la caída de las primeras hojas del cementerio, se reunió al tesoro que había perdido.

¿Qué fué de Hervé? Esto es menos interesante; los hombres, aun los mejores y los más sensibles, tienen mil recursos, infinitas juventudes. Padeció, pero vivió. La sociedad se apoderó nuevamente de él; las pasiones políticas le distrajeron y también otras pasiones del corazón, si no es profanar el nombre aplicándolo á inclinaciones pasajeras. Sea como quiera y haga lo que haga, recuerda eternamente á la divina criatura que tanto padeció, y en sus momentos mejores y más graves, bajo aquella nieve que al huir la hermosa juventud ha dejado á trechos en su ca-

beza, es el refugio secreto de sus más puras tristezas y el origen verdadero de sus inspiraciones más desinteresadas.

—Es muy cierto—dijo entonces una mujer joven y hermosa, ya experimentada, que había escuchado hasta entonces en silencio toda la historia;— los hombres necesitan esas existencias cogidas al pasar para tejerse un recuerdo.